

## Sócrates, Platón y la Verdad

*Amicus Plato, sed magis amica Veritas*

En toda etapa cultural de un pueblo sobreviene, cabría casi decir que fatalmente, un momento de crisis en que, para expresarlo en términos orteguianos, las “creencias” se derrumban para dar paso a las “ideas”. Es éste un instante de desazón, de angustia incluso, que marca con un sello inconfundible la generación o generaciones a las que ha tocado vivir este momento de la curva espiritual de la cultura. Cabría incluso decir más, y sostener que es éste el instante clásico en que el individualismo hace su aparición. Se descubre entonces un hecho realmente trascendente, de una importancia definitiva: el hombre se encuentra frente a todo lo que hasta entonces ha considerado “válido” sin más, como evidente e indiscutible. Es entonces cuando el hombre halla en su interior nuevas normas, nuevos principios que aspira a convertir, a su vez, en norma incontrovertible, en Verdad. escrita en mayúscula.

En la gran aventura que es la formación del espíritu europeo, este momento de crisis, coincide con los primeros balbuceos de lo que, con el tiempo, se llamará “filosofía”, esto es, amor “a la verdad”.

Hasta bien entrado el siglo VII a. C. “grosso modo”, el hombre helénico no ha sentido la comezón de la “originalidad”, no ha tenido necesidad de contrastar la “verdad” con la “tradición”, con el “conglomerado”. Vive feliz con sus “creencias”. Las acepta, sin más. No se plantea ni siquiera el problema de verificarlas, de controlarlas. Están ahí y basta con ello. Sin embargo, llega necesariamente el momento de crisis. Ya Hesíodo — sin duda un espíritu solitario que ha anticipado en varias generaciones la problemática espiritual de la época “arcaica” — se ha encarado con algunas cuestiones básicas, ha dicho su ¡no! a ciertos principios que se tenían por indiscutibles. No interesa aquí ahondar en detalles concretos de esta negativa, ni en su esencia consecutiva. Sí nos importa, en cambio señalar que será la revelación religiosa a partir del poeta solitario de Beocia, hasta bien entrado el siglo V, la forma con que el hallazgo de la Verdad habrá de cristalizar.

En Hesíodo tenemos por vez primera en Europa la aparición de una corriente “profética” — que quizás empalma directamente con el profetismo hebreo — llamada a tener hondas repercusiones en la historia espiritual de Grecia. Puede definirse este profetismo como el descubrimiento de una Verdad trascendente que busca un intermediario humano para su predicación. Con ello se evidencia y se aclara la pretensión de universalidad y eterna vigencia que reivindicaban para sí estos poetas y pensadores “presocráticos”. Cuando las musas se aparecen a Hesíodo en el Helicón, se dirigen al pastor-poeta como miembro integrante de una clase social (“Rústicos pastores” es el término empleado por las diosas al dirigirse a Hesíodo), pero no es menos evidente que el destinatario del mensaje de las musas es toda la Humanidad. ¿Cómo, si no, iba a comprenderse que las diosas hablaran de “Verdad”?

El precedente hesiódico, hemos dicho, es importante, aunque aislado. Pero en poco tiempo asistiremos a un despertar del espíritu individual-profético. Si la lírica arcaica es algo trascendente, lo es, precisamente, por un ardiente, por un frenético impulso de "originalidad", de individualismo, que lleva a una rotunda afirmación del mundo que bulle en el interior del poeta, enfrentándolo con lo que hasta entonces se ha tenido por "verdad incontrovertible". Arquíloco combate el mundo "aparente" del epos homérico con su impronta aristocrática. Safo proclamará que "es bello lo que uno ama". Pero siendo interesante esta constatación, lo cierto es que este fenómeno no adquiere verdaderamente importancia hasta que esta afirmación del propio mundo se plantea a escala universal. Quiero decir, hasta que no se aplican los nuevos módulos axiológicos al saber teórico, superando la simple esfera estética. Por ello adviene afirmación significativa la de Hecateo de Mileto — uno de los grandes sabios del mundo arcaico — cuando a las verdades de los griegos opone su propia verdad, que será la "única" válida.

Los "filósofos" contemporáneos de este movimiento espiritual responden a las mismas preocupaciones. Parménides negará existencia metafísica al mundo de los sentidos; Jenófanes combatirá la arraigada tendencia politeísta; Heráclito afirmará la existencia de un Logos único del que se presenta como descubridor. Y lo más significativo: la verdad que proclaman y predicán no se presenta como algo "hallado", sino como un principio "revelado". Es paradigmático de toda la actitud de estos pensadores el viaje que Parménides realiza al mundo de la Verdad — descrita como una diosa que le inicia en sus "valores y principios". Y en nombre de esta Verdad habrá de negar existencia real a los fenómenos, al mundo de los sentidos.

El fenómeno antes señalado nos interesa únicamente en un sentido. Para el griego de la época arcaica existe un problema, el de la verdad opuesta a una no-verdad, a una mentira. Pero nunca ha existido la cuestión del alcance político de la verdad, aun entendiendo el término "político" en su sentido más amplio. En Atenas, sí. Y de un modo tal, que planteará incluso algunos casos de conciencia.

Ahí tenemos a Sócrates. Su figura ha sido objeto de duras y enconadas polémicas. Se ha llegado incluso a dudar de su existencia histórica (Dupréel). O se ha afirmado que es imposible conocer, a ciencia cierta, la doctrina que ha predicado (Gigon). Sin embargo no son estas cuestiones las que van a ser objeto de nuestra reflexión. Lo que nos importa aquí discutir es "su" actitud ante el problema de la verdad, y la contestación que sus discípulos en especial Platón, dieron a los problemas iniciados por el filosofar de Sócrates.

Tradicionalmente se ha considerado a Platón como al genuino discípulo del Maestro. Como al pensador que ha desarrollado lo que había de incipiente en el pensamiento de Sócrates. Es posible que en algunos puntos concretos sea esto cierto. En este momento no es ello lo que me importa. Lo que sí hay que poner de relieve es que no resulta posible hallar una mayor y más radical oposición ante el problema de la verdad que la existente entre Sócrates y Platón. Que, en última instancia, Platón ha apuñalado por la espalda a Sócrates, matando, en buena parte de sus obras, lo que de espíritu abierto a la infatigable búsqueda de la verdad había en el Maestro. Dos son los rasgos que caracterizan — en las principales fuentes — el método socrático. Ante todo y sobre todo, su apertura a todo diálogo con el eventual discípulo. Sócrates es el gran dialogador, el espíritu infatigable y convencido de que el hallazgo de la verdad sólo puede al-

canzarse mediante una entrega mutua, una apertura total, una predisposición honrada a abrazarla allí donde ésta se encuentre. En Sócrates hallamos hecho carne el principio según el cual “hablando la gente se entiende”, a condición, naturalmente, de que se hable con absoluta sinceridad, con un profundo amor a la verdad, con un deseo ardiente de descubrir lo que se halla oculto tras las apariencias.

En segundo lugar, la “ironía”. Creo que hay que aceptar la existencia de una actitud “irónica” en Sócrates, actitud que consiste en un “fingir” ignorarlo todo, un “aceptar — como ha dicho Mondolfo — el enfoque puramente negativo de la refutación”. Es cierto que algunos pensadores — como Turín — han pretendido tomar al pie de la letra las protestas de la ignorancia que Sócrates hace constantemente, pero ello no es, en el fondo, más que una de las muchas muestras de cómo todo intento por interpretar a los antiguos a base de conceptos modernos — como el de la “angustia”, por ejemplo, sólo consiguen hacernos más incomprensibles los hombres del pasado. Un Sócrates sin ironía gana en fuerza trágica, es verdad, pero a cambio de perder esa profunda potencia pedagógica que hay en él.

Nuestro filósofo, pues, acepta, como principio básico de su existencia, que el diálogo es lo único que permite un avance positivo en pos de “lo que es”, de la Verdad. Dialoga con todos (aunque no de todo, como pretende hacernos creer Jenofonte, que pone en sus labios disquisiciones económicas e incluso militares). No. Hay una cosa que preocupa exclusivamente a Sócrates: la Verdad; no las verdades particulares. La moral, el problema de la conducta a seguir, es, correlativamente, la verdad metafísica. Lo primero que consigue de sus interlocutores es, ante todo, convencerles, o mejor, hacerles descubrir por sí mismos que hay algo muy importante, conocernos a nosotros mismos, y, naturalmente, descubrir que vivíamos, antes, en el error. *Antes* quiere decir antes de su contacto con el filósofo. Tal es el primer momento de la dialéctica socrática, según ha señalado Jaeger, y que podemos definir como la “etapa protréptica del diálogo socrático”. Una vez el maestro ha mostrado a su interlocutor que “no sabe”, esto es, que vivía en el error, viene un segundo momento, la “refutación”, en la que juega un papel de primerísima calidad la “ironía”. Sócrates *no puede* por sí mismo descubrir la realidad a su discípulo, a su interlocutor. Hacerlo sería traicionarse a sí mismo, obrar en contra de su misión de “partero espiritual”. Que así es como ha definido Sócrates su propia actividad. En el *Teeteto*, en efecto, el maestro ha descrito, con ese estilo que le caracteriza, su propio método. “¿No has oído decir — pregunta Sócrates en este diálogo — que yo soy hijo de una experta y famosa comadrona? — Sí. — Y ¿no has oído también que yo también practico el mismo arte? — Eso no. — Pues bien, debes saber que ésa es la verdad. Reflexiona sobre cuanto concierne a las comadronas y comprenderás mejor qué es lo que quiero decir.” Y termina Sócrates con estas palabras: “Sobre todo, mi arte se caracteriza por lo siguiente: se me puede reprochar lo que muchos ya me reprochan, esto es, que pregunto a los demás, pero no contesto nada acerca de nada, por falta de sabiduría. Y la razón es la siguiente: el Dios me impone el deber de ayudar a parir a otros, pero a mí me lo impide. No soy sabio, pues, ni tengo conocimientos que mi alma haya dado a luz, sino que los que están conmigo parecen al comienzo ignorantes, pero más tarde... hacen un progreso admirable... Sin embargo, es claro que nada aprendieron de mí, sino que son ellos quienes por sí mismos hallaron muchas bellas cosas que ya poseían...”.

La misión socrática y, ante todo, su actitud ante la Verdad queda maravillosamente reflejada en estas palabras: *su propósito no es otro que echar una mano a los que van desencaminados; ayudarles a descubrir, sin violencias, sin coacciones, el fondo de verdad que subyace en su interior*. Sócrates es, en eso, el más perfecto maestro que concebirse pueda.

Todos sabemos, sin embargo, el fin que tuvo. Acusado de "impiedad", de introducir nuevas divinidades, de corromper a la juventud, fue condenado a beber la cicuta. Podría decirse que fue realmente un mártir de la intolerancia, el primer hombre que ofrendó su vida en aras del ideal más puro que quepa imaginar.

En una buena porción de sus *Diálogos* presentó Platón a Sócrates como "el justo", el inocente que muere víctima de la incomprensión, de la intolerancia, del fanatismo. En la "Apología" llega a presentarnos a Sócrates como a un auténtico enviado de Apolo para enseñar a los hombres el camino de la verdad, como el iluminado por Delfos, que, con una santa misión que cumplir, ha recibido de Dios el encargo de "despertar a la ciudad" (34 d). En el *Critón*, va incluso más lejos: colocado ante el dilema de morir injustamente o sustraerse al imperio de la Ley, prefiere lo primero, por amor a esta misma Ley, a pesar de que ha sido bastardeada por los hombres.

Pero ¡he aquí la tremenda paradoja de Platón! Él, que ha condenado públicamente a los "verdugos" de su maestro, se convierte, a su vez, en el Gran Verdugo, en el autor de un sistema tan terriblemente totalitario, que en él tiene que presentarse, a la fuerza, y no pocas veces, el caso del justo — o por lo menos, del hombre de buena fe — condenado por la intolerancia.

Es en *Las Leyes*, sobre todo en el libro X, donde palpamos más a lo vivo hasta qué punto ha sido Platón infiel a la norma socrática. Se ocupa en este enorme diálogo — doce libros — de estructurar los castigos y correcciones que hay que imponer a los "impíos y ateos". Hablando de ellos, propone nuestro autor una serie de encarcelamientos "con vistas a la amonestación y a la convicción de sus almas, y, una vez que haya pasado el tiempo de encarcelamiento, aquellos que se opine que han vuelto al buen sentido, vivan ya en lo sucesivo con la gente sensata, mas si luego resultara que no es así, sino que alguien se hace nuevamente reo de un tal delito, sea penado con la muerte".

Más adelante (X, 909 b) se ocupa Platón de aquellos que se dedican a seducir las almas de muchos de los mortales (¡es la acusación que se hizo a Sócrates!) y propone, para ellos, la incomunicación total y, una vez muertos, que se arrojen sus despojos fuera de la ciudad. Y, en fin (909 d), impone como pena a los que se dediquen a cultos distintos de los de la ciudad, o en templos no oficiales, la pena de muerte (¡como propuso para Sócrates su acusador oficial!).

\* \* \*

Una cosa es hallarse en posesión de la verdad, y otra muy distinta la pretensión de imponerla por la fuerza. Es más: cabría incluso decir que el simple intento de imponerla, desde fuera, por medio de coacciones morales o físicas, es perder ya la suprema razón que da el hecho de poseerla. Es traicionar a la verdad, es hacerse reo de intolerancia, de la suprema intolerancia. ¡Qué distinta se nos antoja, en este orden de cosas, la actitud del gran Maestro Sócrates,

con su humildad, con su profundo amor y respeto al "otro", y la orgullosa e inhumana, cruel, disposición platónica, que decreta la pena de muerte contra quienes no aceptan "sus verdades". Y no es quizás un hecho casual que en las *Leyes*, el director del diálogo no sea ya Sócrates — como ocurre en todos los demás escritos de Platón —, sino un anónimo personaje a quien el autor llama "El anciano ateniense". ¿No será que, en su subconsciente, un vago sentimiento de pudor le impidió poner en labios del Maestro las atrocidades insertas en este libro que parece haber sido escrito contra la libertad humana?

JOSÉ ALSINA